

El Excmo. Sr. Dr. D. Antonio Monescillo, obispo de Jaen, en la XXVIII.
El Excmo. Sr. Dr. D. Estéban Perez Fernandez, de Málaga, en la XXIX.
El Excmo. Sr. Dr. D. José de la Cuesta y Maroto, obispo de Orense, en la XXXV.

El Excmo. Sr. Dr. D. Bernardo Conde y Corral, obispo de Zamora, en la LI.
El Emo. Sr. Dr. D. Juan Ignacio, cardenal Moreno, arzobispo de Valladolid, en la LIV.

El Excmo. Sr. D. Antonio Claret y Clará, arzobispo de Trajanópolis, *in partibus infidelium*, en la LXII.

El Excmo. Sr. Dr. D. Pantaleon Monserrat y Navarro, obispo de Barcelona, en la LXVIII.

El Excmo. Sr. D. Francisco de Sales Crespo, obispo auxiliar de Madrid, en la LXXXVIII.

Cuyo estado demuestra que en casi todas las congregaciones dejóse oír la voz del Episcopado español.

Cualquiera de los hechos culminantes de Pio IX, que hemos historiado, considerado aisladamente, seria suficiente á immortalizar su memoria en los fastos de la Religion, y al dictado de *Grande* con que ya el mundo cristiano le califica. En su dilatado pontificado, faltábale tan solo la celebracion de un concilio general, y ha tenido la gloria de reunirlo en tiempos calamitosos, cuando la prudencia humana no creia posible que pudiese verificarse. Pio IX lo ha llevado á cabo, habiendo logrado reunir en el Vaticano á mas de setecientos obispos, de todos los países del mundo, hasta de los mas remotos, y esta augusta Asamblea ha definido el dogma de la infalibilidad pontificia, que ha llenado de regocijo al orbe católico.

CAPITULO LXX.

INVASION DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS POR LAS TROPAS PIA-MONTESAS.—VIGÉSIMOQUINTO ANIVERSARIO DE LA EXALTACION DE PIO IX.

EL mismo que ofreció á la Iglesia que las puertas del infierno no prevalecerian contra ella, anunció las luchas que estaba destinada á sostener en el mundo, las tempestades que se levantarían contra ella, los grandes peligros á que se veria expuesta la débil barquilla en el mar borrascoso de las pasiones humanas. Las palabras de JESUCRISTO fueron terminantes: «Como á mí me han perseguido os perseguirán á vosotros. Por mi causa seréis odiados de los hombres; se os arrastrará á los tribunales y ante los magistrados, los cuales creerán hacer un servicio á Dios y á la humanidad, atormentándoos con crueldad... El mundo entero os declarará una guerra á muerte, pero no temáis, que yo he vencido al mundo... Os envío como ovejas en medio de los lobos.»

Todas estas frases proféticas, y otras muchas que encontramos consignadas en las páginas del Evangelio santo, sostienen la fe y aumentan la esperanza en esas grandes crisis, por las que pasa la Iglesia, todas ellas suscitadas por la perfidia, el orgullo y la ambicion de los poderes de la tierra.

Los tres primeros siglos de la Iglesia, vieron el cumplimiento de estas profecías. En los siglos posteriores se ha ido viendo en la série de los acontecimientos que se han sucedido, la exacta realizacion de lo anunciado por el Salvador divino.

Siendo ya corto el espacio de que podemos disponer, no harémos la detallada historia de los dolores y de los triunfos de la inmaculada Esposa del Cordero, y nos fijarémos, y esto con rapidez, en las tres épocas mas terribles para el Catolicismo, para demostrar que la que hoy atraviesa ha sido entre todas la mas cruel, porque nunca la iniquidad de los hombres ha llegado á los límites

que en nuestros días y de tal manera que, si no tuviéramos por garantía la palabra de Dios temeríamos que un nuevo diluvio viniese á acabar con la presente generacion.

Hé aquí las tres épocas á que nos referimos:

Las luchas de la Iglesia con el paganismo.

Sus combates con las herejías.

Su guerra contra las modernas doctrinas, procedentes del filosofismo del siglo XVIII.

La primera fue la época gloriosa de los mártires. La Iglesia de JESUCRISTO nació pobre, débil y sin fuerza. No hombres sábios y de grande reputacion en el mundo, sino miserables pescadores fueron los destinados por la Providencia á arrojar sobre la tierra de la inteligencia humana el grano de mostaza que debia convertirse en corpulento árbol. El imperio romano, en su ilimitado poder, recibia vasallaje de todo el mundo, y arrastraba en pos de sí los reyes y los conquistadores. Al pié del Capitolio se arrastraban cual míseros reptiles los hombres mas poderosos de la tierra, en tanto que los soberbios Césares, embriagados de placeres hacian sentir el peso de su cetro de hierro sobre la multitud de sus vasallos. Apenas la voz de los Apóstoles de CRISTO empieza á resonar en aquella corrompida corte, donde se hallaban divinizados los mas asquerosos vicios, todo el poder de los Césares, la autoridad del Senado, el arte de los filósofos, el imponente aparato de los ejércitos, el ódio del paganismo, todo en fin, se conjura contra los profesores de la doctrina del Crucificado, y estos no saben mas que confesar á CRISTO y entregarse gustosos á los mas crueles martirios. Y estas escenas de sangre duraron el largo espacio de trescientos años; mas despues de este tiempo, cuando la idolatría creia haber ahogado en sangre el Cristianismo, un emperador todavía pagano, convertido en instrumento de la Providencia, derrota en las márgenes del Tiber los últimos restos de Majencio, entra vencedor en Roma y coloca el estandarte de la Cruz en las alturas del Capitolio, viéndose realizadas las divinas promesas sobre las terribles luchas que habia de sostener la Iglesia y sus triunfos admirables.

Empero tras aquellos combates del poder pagano, siguieron otros no menos temibles ni peligrosos. Las herejías y los cismas se encargaron de continuar la guerra contra la Iglesia, y esta es la segunda época á que nos referimos. No enumeraremos la multitud de herejes que empuñando las armas del sofisma fueron entrando sucesivamente en batalla con la Iglesia. Es casi imposible enumerar ese largo catálogo de enemigos que se fueron presentando á combatir los dogmas del Catolicismo. Si fijamos tan solo la vista en el arrianismo lo veremos dominar la tierra y levantar por doquiera altar contra altar, pastor contra pastor. Empero sostenida la Iglesia en la robusta columna de la palabra de Dios, vió sucesivamente desaparecer los cismas y las herejías. Hoy solo conocemos los nombres de sus autores, y la del siglo XVI, el luteranismo que presentó á la Iglesia la mas cruel batalla se encuentra hoy en el mayor descredito y todo hace creer que en un plazo mas ó menos cercano desaparecerá por completo, pues ya vemos la luz del Evangelio dirigiendo sus benéficos rayos sobre las naciones dominadas por la pretendida reforma.

En suma, la razon filosófica ha hecho desde el último tercio del pasado siglo cuanto le ha sido posible, á fin de derrocar las antiguas bases del edificio de la Iglesia de JESUCRISTO. No hay quien ignore la historia de la revolucion francesa y los elementos que se reunieron para combatir la Religión, é

insultar las saludables máximas del Evangelio, haciéndose los [mayores esfuerzos por hacer desaparecer por completo el culto antiguo reemplazándole con el de la razon. No necesitamos, pues, referir hechos repugnantes, uno de los cuales fue el decretar la supremacía de Dios y tributar á la sensualidad el culto que á la Divinidad era debido.

Mas á través de esa tenaz lucha entre la razon y la fe, entre Belial y CRISTO, la Iglesia no dejó de experimentar la asistencia del Espíritu Santo, que le hizo alcanzar un triunfo maravilloso.

Creemos poder afirmar que la persecucion que la Iglesia y el Pontificado viene experimentando hoy es bajo cierto punto de vista mas cruel que las que sufriera en las épocas que tan ligeramente hemos señalado. Hoy no es un emperador pagano que aferrado al culto de sus falsas divinidades se propone concluir con el culto católico; no son heresiarcas que descaradamente se salen de las filas del Catolicismo para combatir sus dogmas: no son Voltaire, Rosseau, Federico II, y sus corifeos que tenian la franqueza de confesar su impiedad y su ódio á la Cátedra de san Pedro. Hoy la capital del mundo católico ha sido invadida por un monarca que al mismo tiempo que lleva á cabo la sacrílega usurpacion, quiere presentarse ante el Jefe supremo de la Iglesia con el carácter de hijo sumiso y obediente.

Previsto estaba que las usurpaciones del gobierno subalpino no habian terminado, y desde el momento en que las tropas francesas abandonaron el resto de los Estados Pontificios llamadas por Napoleon III (y que salieron de Roma en los momentos en que el ejército francés perdía la primera batalla, augurando la caída del imperio), Víctor Manuel, llamado rey de Italia, se propuso acabar la obra de la unidad de aquella nacion impelido á ello por los mismos que probablemente acabarán por destronarle.

Interminable seria la historia de las gestiones diplomáticas unas y otras violentas, llevadas á efecto por la política piamontesa, á fin de posesionarse de Roma.

Despues de la osada declaracion del Parlamento reclamando á Roma por capital, entabláronse negociaciones con las Tullerías para encontrar una fórmula que, adormeciendo el celo alarmado de los católicos, abriera subterráneo camino de Turin al Capitolio. Prestábase á semejante maniobra el carácter especial del Emperador, personaje á quien el cielo anduvo tan escaso en conceder la sencillez de la paloma, como generoso en prodigar la astucia de la serpiente.

Parto de sostenidas conferencias fue aquel convenio internacional de 15 de setiembre de 1864, por el que se estipulaba que la dinastía de Saboya levantaria de Turin su régia tienda para montarla en Florencia, con lo que se conseguia el doble resultado de presentar á los ojos de la revolucion una nueva etapa consumada hácia los santos muros, al mismo tiempo que se pintaria la nueva faz política ante la opinion católica como una tácita renuncia de Roma.

Las tropas del imperio habian de permanecer en Roma el tiempo suficiente á la organizacion del ejército pontificio, obligándose á evacuarla completamente á los dos años de efectuada la traslacion á Florencia de la capital italiana.

Por su parte Víctor Manuel se comprometia á no atacar el territorio que continuaba bajo la soberanía pontificia, y hasta á impedir que fuera atacado por extrañas fuerzas.

¡Donoso compromiso que no dejó muy alta, que digamos, la fama de lealtad y respeto del Rey del Piamonte, á los mas sagrados derechos!

Tambien Victor Manuel se encargaba por otro artículo de satisfacer la parte de deuda correspondiente á las provincias ocupadas por sus armas.

Todas estas gestiones y acuerdos se debatieron y tomaron sin la menor intervencion del soberano Pontífice, de cuyos títulos, propiedades y derechos la diplomacia franco-italica disponia, con la misma franqueza ruda que los sajonos de CRISTO se repartieron sus sagrados vestidos.

Pro IX al enterarse de la *Convencion* celebrada sobre cuestiones, que eran de su exclusiva incumbencia, se limitó á exclamar: «¡Compadezco de veras á la Francia!»

Y en efecto, digna de compasion iba haciéndose ya en aquella época el hoy derruido imperio; bajo el punto de vista diplomático, la Francia derogaba por el *Convenio* nada menos que el solemne tratado de Zurich, en el que se respetaban los derechos del duque de Toscana, cuya capital era Florencia; bajo el punto de vista católico, Francia encargaba á otras manos, por cierto no muy limpias, la salvaguardia del *arca santa* del Catolicismo; bajo el punto de vista moral, Francia se desconceptuaba inclinándose ante las pretensiones de una corte, cuya magnificencia consiste únicamente en la grandeza de sus ambiciones.

Véase, pues, la oportunidad de esta exclamacion: «Compadezco de veras á la Francia.»

Comentando el *Convenio de 15 de setiembre* en un memorable opúsculo, decia el ilustrísimo señor Obispo de Orleans: «Dentro de dos años todo estará dispuesto para que estalle una revolucion. Hasta entonces una severa consigna evitará toda manifestacion, y va á reinar en Roma la tranquilidad mas completa; se evitará con esmero todo pretexto para prolongar la ocupacion. Despues que nosotros hayamos salido de Roma, el motin preparado estallará. Si el Papa se defiende, se dirá: es un tirano; si deja que sigan su curso regular los acontecimientos se le declarará perdido. Se permite al Piamonte el ametrallar á los turineses descontentos de la traslacion de la capital, ó fusilar á centenares á los napolitanos que defienden su independecia; pero en cuanto al Papa ya es otra cosa. Si deja que se disparen cañonazos, se volará al auxilio de los súbditos oprimidos; si prefiere salir de Roma antes que permitir que corra sangre se le acusará de débil, y bajo pretexto de conservar el orden, se ocupará la ciudad.

«En los bosques, cuando se quiere cortar un árbol secular, se cortan las ramas principales, luego á hachazos se corta el árbol por la parte baja del tronco, y antes de derribarlo se ata una cuerda á la punta del árbol con un nudo corredizo; se sujeta con fuerza por el otro extremo, y luego los operarios se apartan guareciéndose de la caída del árbol; este viene abajo, y no parece sino que cae luego por su propio peso.

«Este tratado en manos del Rey de Italia, es, en mi concepto, el lazo corredizo en manos del operario; empero, este operario si lleva á término su trabajo, no obra sino con permiso de otro, que es el amo; y mis ojos se han llenado de lágrimas al pensar que el tratado que estoy analizando está firmado por la Francia.»

La corte de las Tullerías, dirémos siguiendo el apropiado símil del Obispo de Orleans, se encargó de inclinar un poquito el árbol para colocarle el nudo

corredizo. El marqués de Lavalette, embajador de Francia en Roma, al partir de París habia dicho al Emperador: *Yo inclinaré al Papa*. Vana presuncion; Mr. de La Valette no pudo conseguir otra cosa que aquel *Non possumus* solemne, que ha sido una de las características expresiones del Pontificado actual.

Pro IX se mantuvo en una firmeza heróica. En 1861 habia rechazado ya un *capitulato* de transaccion propuesto por Ricassoli, en el que en diversas formas se pretendia conseguir el objeto del convenio de setiembre de 1864.

En una de las conferencias diplomáticas celebradas entre La Valette y el cardenal Antonelli, este rectificó las bases en que aquel apoyaba sus proyectos de transaccion, «partis de un supuesto inexacto, dijo; no existe desacuerdo alguno entre el soberano Pontífice y la Italia. La discordancia entre el Padre Santo y el Gabinete de Turin no trasciende á las relaciones con la Italia, con la que estamos en perfecta armonia. Tambien es Italiano el Papa, y por consiguiente los sufrimientos de la Italia son los suyos propios.

«En cuanto á concordar con los expoliadores, no lo harémos jamás, os lo repito, toda transaccion en este terreno es imposible. Cualesquiera que sean las reservas con que se envuelva su propuesta, por mucha que sea la delicadeza con que se plantee, si aceptáramos una discusion revelaríamos la posibilidad de un desenlace que nos es ilícito. Antes de su exaltacion el Pontífice jura, como juran los cardenales antes de su nominacion, no ceder en nada de lo que atañe á los derechos de la Iglesia. El Padre Santo, no hará, pues, concesion alguna en este sentido; ni el mismo Conclave podria hacerla, ni otro Papa la hará.»

Esta inflexibilidad era bastante significativa para advertir al imperio la inconveniencia de empeñarse en nuevas gestiones de aquel género; sin embargo, á pesar de ellas, á pesar de complicaciones tan graves, como la insurreccion de Garibaldi, y las manifestaciones de los ocultos intentos del Gabinete de Turin; á pesar de que el mismo imperio se vió obligado á lamentarse en octubre de 1862 de las pocas aceptables disposiciones de la Italia en favor de la conciliacion, á pesar de todo esto y de mucho mas que esto, vino la *Convencion* de setiembre. Es decir, el árbol no se inclinó, pero los leñadores se subieron á él para echarle el nudo corredizo.

La diplomacia italiana se apresuró á dar el genuino sentido revolucionario á aquel documento; el marqués Pepoli decia en Milan: «El tratado del 15 de setiembre en nada se opone á la realizacion del programa nacional.» El Parlamento de Turin aceptó el Convenio en virtud del informe de la comision nombrada para su exámen, la cual aseguró que «carece de fundamento hasta la menor duda de que renunciemos con él á nuestras aspiraciones de poseer á Roma; no renunciemos el ir á Roma un dia, solo renunciemos á ir por la fuerza... esta renuncia no contradice la memorable orden del dia 27 de marzo de 1861... (1).»

Estos datos bastan y sobran para juzgar el espíritu del Convenio.

En el entretanto reconstituíase en la capital de la cristiandad el ejército defensor de la Santa Silla, sacrificado en aras de las pasiones demagógicas en las llanuras de Loreto. El nuevo ejército no habia de ser jamás una batalla viva, su destino era ser una viva protesta ante la eternidad y ante la historia.

(1) Sesion en la que se declaró á Roma capital de la Italia.

El plazo de dos años que el Emperador se había reservado para mantener inhiesta la bandera de san Luis en los torreones de San Ángelo, finió.

El día 6 de setiembre de 1866, el general de Montebello rodeado del estado mayor del ejército de ocupacion se presentó á Su Santidad para ofrecerle los homenajes de despedida.

«Hay circunstancias, dijo el general al Papa, en que la tristeza inseparable de toda despedida toma la fuerza de un verdadero dolor... el Emperador fiel á sus compromisos retira sus tropas, mas no su apoyo... deja en Roma la proteccion de la Francia.»

Pro IX contestó:

«Vedme aquí, hijos míos, para despediros en la víspera de vuestra partida.»

«Vuestra bandera, diez y ocho años atrás, salió de Francia con la mision de defender los derechos de la Santa Silla, y fue acompañada por los votos y aclamaciones de todos los países católicos. Hoy vuelve á Francia. Yo deseo que sea acogida por las mismas aclamaciones, empero lo dudo mucho. En efecto, se me escribe que los corazones católicos se hallan alarmados, se estremecen al pensar en las dificultades que rodean al Vicario de JESUCRISTO, Jefe de la Iglesia católica.»

«No conviene hacerse ilusiones, la revolucion vendrá aquí, esto se ha proclamado, se ha dicho y se repite. Un alto personaje italiano ha dicho que la Italia esta hecha, mas no completada. ¿La Italia no tendrá su remate mientras exista un rincon de mundo en donde reinen el orden, la justicia y la tranquilidad?»

«Quieren izar la bandera revolucionaria en el Capitolio. Vosotros sabeis, como yo, que no léjos del Capitolio está la roca tarpeya.»

«Seis años atrás hablando con un representante de Francia me pidió si tenia algo que comunicar al Emperador, yo le contesté: «San Agustin, obispo de Hipona, que hoy pertenece al imperio francés, espantado de los azotes que presentia, mientras los bárbaros sitiaban la ciudad, suplicó al Señor le permitiese morir antes de ser de ellos testimonio de vista,» y añadí yo: «decid esto al Emperador, el comprenderá su significado.»

«El embajador me contestó: «Santísimo Padre, tranquilizaos, los bárbaros no entrarán.»

«El embajador no es profeta.»

«Otro representante francés, que hoy ocupa elevadísima posicion me dijo tambien: «Roma no puede ser la capital de un reino; no tiene para esto condiciones, mientras que todo la favorece para continuar siendo la Capital de la cristiandad.»

«Mas ¡yo temo la revolucion! ¿Qué hacer? qué decir? Carezco de recursos; á pesar de ello estoy tranquilo; Dios, que es la potencia suma, me dé fuerza y constancia.»

«Id, hijos míos, partid con mi bendicion y mi amor. Si veis al Emperador decidle que cada día ruego por él. Dicen que su salud no es muy buena, yo ruego por su salud; dicen que su alma no está del todo tranquila, yo ruego por su alma.»

«La nacion francesa es cristiana; su jefe debe serlo tambien.»

«Son indispensables oraciones acompañadas de confianza y perseverancia, y esta nacion tan grande y fuerte podrá obtener la satisfaccion de sus deseos.»

«Veo que el mundo se agita. En cuanto á mí solo confio en la misericordia divina. Recibid mi bendicion.»

Apenas hubo salido el último soldado francés empezó á dejarse sentir la influencia mortífera del espíritu revolucionario. «En fin, decia una proclama, «ya no hay en Roma la bandera francesa; á nosotros, romanos, atañe ahora «consumar la obra, el triunfo es cierto; los dias del despotismo clerical están «inexorablemente contados.»

Conviniera á la política del Piamonte que, á lo menos por corto período, usaran de cierta circunspeccion los agentes revolucionarios; mas no es asequible á espíritus que se revuelven de continuo en el fango, la alta y magnífica virtud de la prudencia.

Garibaldi, el ídolo de la chusma de todos los pueblos, temió perder su popularidad sino se presentara á sacrificar un puñado de creyentes defensores de la Santa Sede, abandonados de todas las potencias y solo protegidos por el invisible y sobrenatural auxilio.

Si un destello del sentimiento de dignidad hubiera quedado en su pecho, siempre encendido en ira, comprendiera que no era aquel un campo á propósito para realizar hazañas gloriosas; empero, ¡á qué pedir nobleza de propósitos al reptil que gusta de alimentarse en sangre! Turbas de todos los países, aventureros, que tienen la osadía de llamarse los redentores de la razon, sin ni siquiera haber saludado los rudimentos de la primera enseñanza; hombres que se atreven á decir que mienten los santos Padres, sin que sepan leer ni aun la proclama de un bárbaro caudillo, tales fueron los caracteres de los que, formando salvaje horda, levantaron el pendon de la conquista de Roma, inundando, como turbio oleaje, los campos pacíficos donde un pueblo contento de su Rey, porque su Rey era su padre, descansaba tranquilo.

Ischia y Canino, Valentano y Aquapendente se ven sorprendidos por la invasion. Nuevos iconoclastas decapitan las imágenes, que la piedad ha erigido en los caminos, y derriban los altares que son las joyas del verdadero pueblo. No contentos con mancillar con sangre inocente el suelo patrio, escupen hácia el cielo, soñando quizá cubrir con la podredumbre de sus labios, la luz de las estrellas que cantan gloria á Dios; gritan, vociferan, como dando á entender que quieren vilipendiar la dignidad humana que se revela en el sensato lenguaje; reniegan y blasfeman para atestiguar que no son cristianos.

¿Podian bastar contados centenares de soldados de la justicia para detener el empuje de aquellas hordas? No, y sin embargo, cuando el ejército de Garibaldi ve tendidas á sus piés algunas víctimas, embriágase de gozo y prorrumpe en cantos de bárbara victoria.

Roma se extremece, y la Europa indolente encuentra algo desentonados los colores de aquel cuadro; una cosa es herir de gravedad la moral, como en Castellfidardo, pero herirla en artística regla, otra ofender el decoro y el buen tino de la ciudad civilizada como en Aquapendente y Bagnorea. El mundo vuelta instintivamente la cara hácia la Francia «¡y bien!!!» la pregunta increpándola.

Mientras tanto encarnizábanse las armas garibaldinas en Cervara y Monte Libretti; la Francia veia caer impunemente en aquella indigna contienda hombres del valor y de las virtudes de Arturo Guillemin, y de Urbano Cluélér, y empezaba á acentuar sus quejas, pidiendo al imperio cuenta severa de la sangre que se derramaba.

Los sentimientos franceses preparaban una tremenda explosion. En vano el Gobierno del Emperador contestaba al espíritu público anunciando tener diplomáticas seguridades del Gabinete de Florencia; la palabra de Ratazzi no era ya una garantía.

El imperio se vió obligado por la Francia á enviar una expedicion militar para proteger los amenazados derechos del Papa.

El 21 de octubre de 1867 el general Faily desembarcaba en Civitavecchia al frente de un cuerpo expedicionario: «Vengo, dijo en una proclama á los romanos, á proteger al Padre Santo y al trono pontificio contra los ataques armados de las bandas revolucionarias.»

Cási al mismo tiempo Monte Rotondo era teatro de una escena semejante á la de Monte Libretti; al llegar los soldados de la nacion cristianísima, el general Kanzler, jefe de las tropas pontificias, habia ordenado la concentracion de todas las fuerzas á la Capital, en vista de la inutilidad de empeñar luchas parciales con enemigos de decuple fuerza.

Sin embargo, la espada de Francia llegó á tiempo para dar en Mentana la victoria á la justicia.

Caros costaron aquellos laureles á la cristiandad, pues perdió en el combate héroes como el escritor Juan Moeller, el caudillo Quatrebarres, el anglicano convertido Julio Watts-Russell, y otros, entre ellos aquel ejemplar de adhesion admirable, Enrique Pascual, que mereció esta rara inscripcion: *Hubo de pedir prestada su espada para tomar parte en el buen combate.*

Los soldados de Garibaldi fueron vencidos en Mentana, es decir, en el primer campo donde les esperaba una fuerza regular, aunque muy inferior á la que ellos contaban.

El gabinete de Florencia tuvo valor para protestar contra la nueva ocupacion de Roma por la Francia; aquel mismo gabinete que no pudo impedir los atropellos de Garibaldi contra los soldados del Papa.

La Francia en aquella ocasion cumplió su deber.

Un año mas tarde, rindiendo homenaje á la verdadera opinion del pueblo francés, decia en las Cámaras Mr. Rohuer estas palabras memorables: «Hay planteado un dilema; el Papa tiene necesidad de Roma para conservar su independencia; la Italia aspira á poseer á Roma como una necesidad imperiosa de su unidad; pues bien, declaramos en nombre del Gobierno francés, que la Italia jamás se posesionará de Roma.»

Y como estas palabras fueron recibidas con una salve estrepitosa de aplausos, el órgano del imperio las afirmó una y otra vez: «No, jamás, nunca; jamás la Francia sufrirá esta violencia hecha á su honor y al de la catolicidad...»

Y proseguia el Ministro: «¿cuánto tiempo nuestras armas permanecerán en Roma para proteger al Padre Santo? Todo el tiempo necesario á su seguridad; todo el tiempo necesario para hacer eficaz y fuerte la convencion del 15 de setiembre.»

En el entre tanto á la sombra misma de la bandera francesa, la revolucion urdia el vasto plan de ulteriores sorpresas.

La primera consigna fue mantener la agitacion en los ánimos; ¿cómo cumplia la revolucion aquella vil consigna? La historia de estos últimos años registra un hecho, que la posteridad juzgará segun su merecido.

Gracias á la oculta proteccion de ciertos criminales, algunos hombres osados consiguieron minar los fundamentos del cuartel Serristori, cargar la mi-

na, y á la hora oportuna hacer volar el edificio sepultando en sus escombros un considerable número de víctimas.

Los ejecutores del plan fueron habidos, llamábanse Monti y Tognetti.

Á la mañana siguiente de la ejecucion de aquellos dos grandes criminales, que sea dicho en honor de su conciencia, se arrepintieron cristianamente, la prensa italiana lanzó un grito de horror contra Roma: «Hoy mismo, decia *La Opinione nazionale*, en la ciudad de Roma han caido dos cabezas ensangrentadas, las cabezas de Monti y Tognetti, que cometieron el crimen de amar demasiado á la patria. ¡Muerte á la Roma de los Papas, é infamia para vosotros, cobardes ministros!»

Este lenguaje, que repugna hasta en el ligero periodismo, fue reproducido—¿quién á concebirlo se atreveria á no constar de una manera oficial—fue reproducido en el parlamento de Florencia.

Sí, en aquel parlamento se formuló una protesta contra Roma porque vindicaba los derechos de la humanidad, y allí se arrostró el sempiterno borron de trazar la apología del crimen.

¿Quizá no nos presente la historia ningun hecho en tan alto grado repugnante!

Animada la Italia, ó los que se jactan de ser la Italia, de tan negro espíritu, podia ya calcularse la suerte que tendria Roma al ofrecerse la primera ocasion favorable á los propósitos de los adversarios del Pontificado.

La guerra de Prusia aceleró la hora de la consumacion de las injusticias florentinas.

Napoleon III, ya porque tenia necesidad suma de soldados, ya para evitar las complicaciones diplomáticas que podia suscitarle la permanencia de un ejército en Roma, llamó por segunda vez á sus tropas.

El ejército pontificio era impotente para dominar los elementos anárquicos, que iban aglomerándose en el sagrado recinto. Sin embargo, el pueblo permanecia sumiso.

El cielo quiso que viera el mundo hasta donde es capaz de llevar la osadía y el desacato al soberano que rechaza la mano de Dios por guia.

Roma fue invadida el 20 de setiembre de 1870.

Vamos á copiar la carta que el desventurado Príncipe dirigió á Pio IX pocos dias antes de consumarse el hecho sacrilego, con las mismas notas que le pusimos al insertarla en la citada obra referente al Concilio Vaticano:

Santisimo Padre: Con filial afeccion (1), con fe católica (2), con lealtad de rey (3), con sentimiento de italiano, me dirijo ahora como me dirigí ya en otro tiempo, al corazon de Vuestra Santidad (4).

Europa está amenazada por una tempestad llena de peligros (5). Á favor de

(1) ¡Afeccion para el padre siente el hijo que le arrebató el cetro puesto en sus manos por el universo y por la historia!!!

(2) ¡Fe católica la del creyente que usurpa del Sumo Pontífice la gloria soberana!!!

(3) ¡Lealtad de rey, quebrantar el sagrado convenio, y la solemne promesa de respetar los restos del mas justo patrimonio!!! llámase esto *lealtad* en el diccionario régio!!!

(4) No, no al corazon, sino al trono se dirige V. M. para arrebatárselo al monarca italiano, al Pontífice de los creyentes, y al Padre de la cristiandad. Desde Getsemani, el representante de JESUCRISTO no habia recibido un beso tan semejante al que en aquel huerto amargo recibió el divino Maestro de los labios del que con *filial afeccion* habia recibido el divino cuerpo, con *fe católica* le proclamaba *maestro*, con *lealtad de apóstol* decia: Este es, y con *sentimiento noble* exclamaba besándole, *prendedle*.

(5) Y de esta tempestad no es la menos siniestra nube el que hablen los reyes semejante lenguaje.